

su gloria. Noticioso el Santo de tan amables prendas, determinò tomarle la bendicion, previniendo en su benignidad el remedio de su natural encogimiento. Recibiòle el Venerable Principe con agrado, porque noticioso de la celebridad de su nombre, deseaba comunicarle, y tantear su espíritu. Hospedòle en su misma casa, y llegando à entender, que estaba de partida para Francia, y el motivo que le alejaba de Italia, puso todo su conato en disuadirle esta ausencia, con estas razones. No puede ser Francisco conveniente, que en esta fazon dexes à tu Orden, planta nueva, y que necesita de tu cuidado, y abrigo para su conservacion. Todas las niñezes son delicadas, y necesitan de estar atendidas con amor, y cuidado, hasta que à beneficio de el tiempo se hagan fuertes, y robustas, para resistir à las contrariedades, que cò pretexto de impugnar la novedad, fomenta en cosas de virtud el ardor de la malicia. No ignoras los esfuerzos que ya tiene puestos para debilitar el credito de tu Instituto, y quien como tu zelará su conservacion, y tratará de su defensa? El Señor, que te inspirò, que diesses principio à esta obra, te dará medios para que se perficione, si tu no levantas de su labor la mano. El conocimiento, que ya se tiene de tus procederes, y la buena fe, y opinion, que te ha ganado tu simplicidad, es muy importante para solicitar los coraçones de los poderosos, à que con el poder, y la autoridad se empeñen en tu defensa, y quanto toca à mi, por el gran juicio que tengo hecho de que esta vida Apostolica ha de ser de gran edificacion à toda la Iglesia, desde luego me ofrezco con toda buena voluntad à defender esta causa.

Oyò con grande atencion, y reverencia San Francisco al zeloso Prelado, y agradecido à su benevolencia, le

suplicò dieffe lugar à que propusiesse las razones que tenia para proseguir su jornada, rindiendo desde luego su juicio al dictamen suyo. Señor, le dijo: Yo he despachado à muchos de mis Hijos à Regiones estrañas, y no conocidas de ellos, expuestos à la inclemencia de los temporales, y de la malicia de los hòbres; y como à vnos simples corderos entre sangrientos lobos: Pues, Señor, quando sepan, que los he dexado en los braços de la piedad, y del peligro, y que me quedo en la ociosidad, y descanso de la celda, cargandoles todo el trabajo, como no se quejaran de mi tibieza? Si en el tiempo mas apretado, que es el de las tribulaciones, les salto con mi exèplo, siendo mi obligaciòn mas crecida, como, Señor, no desmayará en la empresa? Tengan, Señor, el còsueto los que padecen, de que les haga còpañia en los trabajos: esta noticia los dará alientos para romper con osadía por tantas dificultades, como se les han de ofrecer en sus Misiones; pues es constante, que nada infunde tanto valor en el subdito, como ver al Superior en el conflicto. Fuè grande la compasiòn que tuvo el Cardenal, quando supo, que tantos Hijos suyos avia salido del abrigo de sus Patrias, à Regiones estrañas, sin mas prevencion, ni viatico, que la dexacion de si mismos en la providencia; y dixole al Sato: Es posible, que ayas tenido coraçon para exponer à estos pobrecillos à tantas calamidades, como haze forçosas vna peregrinacion tan larga? A esto respondiò el Santo con intrepidez, y denuedo: Si, Señor, si Señor: Porque que valen muchas vidas, si con ellas se puede ganar à Dios vna alma? No penseis, Señor, que este Instituto ha de quedar cerrado en los terminos de Italia, por que os hago saber, que le ha de venir aun estrecho todo el ambito del mudo,

do, ora conocido. Penetraràn los mios los mas ignorados climas, y los mas ocultos senos de la tierra, haciendo passo à costa de fatigas, y de sangre, hasta que llegue à ver venerada la Cruz de Christo en todo el mundo à pesar del infierno, y estará tan de parte de nuestro zelo la Omnipotencia, que estos pobrecillos desnudos, y despreciados, se harán lugar, y hallarán abrigo aun entre los mayores enemigos de la Fè, à cuyo dulce yugo sujetarán la cerviz por fuerza de su predicacion. Dixo estas palabras con tanta ardiente eficacia, que Hugolino quedò admirado, y mas devoto, y quiso Dios, que tocasse con sus manos, y experiencia los efectos en mucha parte de esta profecia.

No obstante las alegaciones dichas, saliò de la conferencia, que pesaba mas la necesidad de asistir en Italia à los negocios de la Orden, que ir à Francia à la Mision, pudiendose esta suplir por otro medio, como se hizo, señalando en su lugar à Fray Pacifico, y otros Compañeros de fervoroso espíritu, que dieron feliz expedicion à esta empresa. Fuè singular el amor que cobró à nuestro Santo este Cardenal Hugolino: quedò sentada estrecha correspondencia entre los dos, y aoran con grande afabilidad, y muestras de cariño, le diò la bendiciòn, y permiso, para que dieffe la buelta à Alsia, ofreciendo en todo lo que pudiesse su proteccion, y amparo.

Hallò los Conventos de todo el Vallè de Espoleto con mucha turbacion, y desconuelo, à causa de las continuas vejaciones, y malos tratamientos, que hazian à sus Religiosos, principalmente algunas personas Eclesiasticas, y Prelados, de quienes eran tanto mas sensibles las persecuciones, quanto debieran ser de tales manos menos temidas; pues no parece, que podian prometerse vnos pobres mor-

Parte I.

tificados, y virtuosos, asylo mas seguro, que el de las personas sagradas. Pero quantas esperanças de esta calidad sabe burlar la embidia con capa de zelo? Este ha sido muchas vezes la mascara, con que disimulada la malicia, ha logrado mas à satisfaccion sus tiros contra la virtud. Este ha sabido vestir de hermosos pretextos al interès, y la codicia, haziendolos bien vistos à los ojos de la simplicidad, que no penetra el fondo de las cosas, y se cree de las apariencias. Pension ha sido antiagua de la bondad el ser perseguida, y de quien debiera ser mas acariciada; no se dà su posesion à menos costa, ni à menores combates su conquista; la persecucion es su precio, y su mas seguro apoyo. Siglos ha que el mudo adolece deste achaque, no se porque se estraña, que en los presentes viva mal sano de vna enfermedad, que tiene por anciana tantas señales de incurable. La lastima es, que tenga todos los efectos penosos de dolencia, y tenga semblante de salud, por el buen color del zelo con que la pinta, y afeyta la passion, ò el interès, sobornados del amor proprio. En fin esta persecucion, y otras à ella muy semejates, que passaban en diversas partes, obligò à nuestro Santo à que se partiesse à Roma para tratar del remedio.

CAPITULO LXIV.

De vna vision mysteriosa, que tuvo el Santo, de que resultò pedir Protector para la Orden à la Silla Apostolica.

AFLIGIOSE el Santo, viendo contra su pequeño, y desarmado rebaño armada la fiereza de sangrientos lobos, que con el rabioso diente de la embidia despedaçaban su inocencia. Pidiòle à Dios so-

Y 2

corro

corro con lagrimas en la Oracion, y despues de ella, recogido al descanso del sueño, viò esta vision mysteriosa. Viò vna gallina, que tendidas las alas abrigaba sollicita vnos polluelos, y los defendia de la crueldad de vnos milanos, cuyas corbas garras, vorazes picos, amenazaban total perdicion à aquellas inocentes aveçillas: pero àunque las ansias de la madre eran muchas, no alcançaban à la grandeza del peligro; por lo qual, si se libravan algunos, perecian otros. Viendo los tristes polluelos, que la defensa era flaca, y la violencia tan fuerte, se acogieron à las crecidas alas de vna Aguila grande, cuya magestad armada, y respetosa espantò à los milanos, y quedaron en el abrigo de sus alas en quieta seguridad los perseguidos polluelos. Quando despertò, se hallò confuso, y deseoso de entender el enigma de el sueño: y diòle el Señor luz, que era èl aquella gallina, que abrigava sus hijuelos, pero que eran muy desiguales las fuerças à sus afectos, siendo muy poderosa la oposiciõ de los contrarios; que el remedio vnico de este amenazado peligro, sería la proteccion de vn Principe de la Iglesia, y Aguilas generosa, que con su presencia reprimiria atrevimientos de la malicia, y castigaria desafueros de la emulacion.

Con esta inteligencia consolado, consultò à sus Hijos, dandoles parte de la resolucion que tenia de ir à Roma à solicitar en la Curia el remedio de tantos daños. La Santa Iglesia Romana, les dixo, es Madre piadosa, de sus humildes Hijos, y Señora especialissima de las Religiones; pues à quié recurrirán los hijos acorados, y perseguidos, con mas confianza, que al amoroso regazo de Madre tan amante, y tan piadosa? Mas poderosa, y mas activa es su proteccion en defensa de los afligidos, que

toda la obstinacion de la malicia, conjurada contra los inocentes. La Iglesia es Santa, y es poderosa, y siendo empleo tan noble el patrocinio desvalidos, no ay duda, que nuestra quexa armarà las fuerças de su poder contra las insolencias de la embidia, y los insultos de la sinrazon. Recurramos, pues, à esta dulcissima Madre, à quien hemos debido todo el primer ser, y hemos de deber nuestra conservacion. Empeñar su poder, y autoridad en nuestra defensa es vn forçoso reconocimiento de su soberania, y vna protesta de nuestra obediencia. La santa pobreza que professamos, es joya de summa preciosidad, que dexò à su Esposa la Iglesia Jesu-Christo; y aviendonos fiado à nosotros el uso de esta joya, corre por cuenta fuya, que la emulacion no la aje, ni la embidia la luzga. La vida Evangelica, que prometimos guardar, ha merecido ya dos veces su aprobacion, y siendo en sus determinaciones infalible, no tolerarà sombras, que intenten obscurecer la luz de tanta verdad.

Aprobaron todos su determinacion, como forçosa, para vivir con seguridad, y sosiego. Entrò en Roma, y fuè à su Patron Hugolino, que ya avia acabado la legacia de Florencia. Diòle cuenta de el estado que tenían las cosas de su Orden, y de la resolucion que tenia de presentar su quexa al Sumo Pontifice. Pareciòle bien al Cardenal, y para introducirle en Palacio con aplauso, y aceptacion de el Sacro Consistorio, le dixo, que convendria predicasse en su presencia, para captarles la benevolencia, y abrir camino llano à su pretension. Escusavase el Santo con humildad, alegando su insuficiencia, y que sería temeridad reprehensible, que vn hombre idiota propusiese la Palabra Divina en vn auditorio el mas docto, mas grave,

ve, y formidable, que tenia el mundo. No se diò por vencido con escusa tan justificada el Cardenal, ya por el deseo que tenia de oír à vn hombre, de cuyo espiritu fervoroso, daban testimonio tan admirables frutos, y universales aclamaciones; ya porque este medio le pareciò ser muy vtil para lograr sus intentos; y así le hizo tales instancias, para que predicasse, que no podia resistirse, hasta mandarfe, para que se desahogasse su humildad en confianza de la obediencia. Es insuperable el imperio del ruego, y no halla medios para evadirse de sus fuerças la docilidad. Rindiòse el Santo al gusto de su bienhechor, cegando con la fe de obediente las desconfianças de humilde. Pusose à estudiar muy de proposito, y con toda seria aplicacion, vn Sermon, que fuè digno de la Magestad de tal auditorio, no con afectaciones de eloquente, sino con afectos de devoto; pero bien ordenado, y dispuesto, mas segun las leyes del estudio, que los impulsos de la inspiracion. Llegò el dia del Sermon, que tenia bien estudiado; pusose en el pulpito, y al empear, se le borraron tan del rodol las especies, que no pudo pronunciar ni vna palabra. Confesò con ingenua humildad la flaqueza de la memoria, y reconcentrandose à lo interior de su espiritu, invocò al Señor en su ayuda, y de repente prorumpiò à predicar con tan eloquente afluencia de palabras, y de afectos, de las grandezas de Dios, de las dulçuras de su amor, de las maravillas de la providencia fuya en las asistencias de su Iglesia, de la excelencia de las virtudes, y abominacion de las culpas, con apoyos tan adequados de las sagradas letras, que el Papa, y los Cardenales tenían tan ocupados con lagrimas de ternura, y compuncion los ojos, como de admiracion los oydos. Hizieron juyzio, que escuchaban, no à vn hombre,

Nota.

bre, sino à vn oraculo, à quien daba voces, y eficacias el divino espiritu.

Acabado el Sermon, el Cardenal Hugolino, le introduxo con el Papa, à quien besò el pie, y propuso su pretension en esta forma: Santissimo Padre, yo miserable, y siervo indignissimo de V. Santidad, me compadezco de coraçon, quando veo, que sobre vuestros ombros carga el inmenso peso de los negocios de la Iglesia, à cuyo vniversal gobierno tiene V. Santidad sacrificada la propria quietud, y la vida. Este conocimiento, y esta compasion me sirve de embarazo, para que llegue à proponer los incidentes de esta nueva Religion, siendo en la ocurrencia de varios sucesos, forçosos à V. Santidad los recursos; y siento en el alma, que ya q mi poquedad no os puede ser de ali- vio, os aya de acrecetar vuestro cuidado. Confesò, Señor, mi mucho encogimiento, y que quando veo tantos Principes à las puertas de vuestra Camara esperando audiencia, se me aflige el coraçon de pensar, que yo por tantos titulos despreciable, tengo de llegar à los umbrales del Tabernaculo, que guarda la santidad, y soberania de la Suprema Cabeça de la Iglesia. Por tanto, Padre Santissimo, suplico me conceda para tutela, y escudo, que defienda à esta pobre Familia vuestra, vltrajada de emulaciones indiscretas, al Señor Cardenal Hugolino con las vezes vuestras para su seguridad, y amparo. Oyò el Pontifice con mucha humanidad los discretos ruegos suyos, y le concediò todo lo que pedía, encargandole al Cardenal mucho, que tomasse muy à pechos el fomentar los progressos, y desvanecer los peligros desta Religión. Admitiò Hugolino gustoso la comission, y fuè el primer Protector, q tuvo la Serafica Familia; porque aunq hasta este tiempo la favoreciò